

Biarritz, 26-28 noviembre/2003

GOBERNABILIDAD E INGOBERNABILIDAD

¿Cuáles serán los retos de nuestras imperfectas y formales o a lo mejor transitorias democracias en los próximos años? ¿Cuáles son los motivos de frustración y tristeza entre los centroamericanos? En el universo económico continúan siendo, desde el año de Macondo, los mismos: **desempleo** y **salarios bajos**. En la esfera social: la **pobreza** y la **corrupción**. Mientras tanto la **ingobernabilidad**, en general, es un común denominador que le ha restado fuerza, autoridad política y hasta administrativa a los gobiernos.

Un avance rápido en la modernización económica y política sería, por ahora, una fantasía, mientras nuestros gobiernos no enfrenten con una estrategia enérgica, eficaz y de largo plazo, las provocaciones sugeridas por la incertidumbre del futuro inmediato. La inestabilidad e **ingobernabilidad** de los actuales gobiernos, desvirtúa, entorpece y asedia a nuestras formales y anémicas democracias.

Sería más preciso hablar de ingobernabilidad en Centroamérica. Este fantasma se aparece en las horas de oficina a los gobiernos ante su incapacidad para saciar la demanda de la gente. Esto, desde luego, no explica la totalidad del trauma. Una cabal gobernabilidad, en todo caso, es apenas una tentación.

La **ingobernabilidad**, insistimos, no es sólo un problema de acumulación y distribución de recursos, bienes y servicios a los ciudadanos, sino más bien de naturaleza política. Me refiero, desde luego, a la autonomía, complejidad, cohesión y legitimidad de las instituciones.

La **ingobernabilidad** es la masa de una crisis de gestión administrativa del sistema y se refiere al apoyo político de la gente a las autoridades y al gobierno. El sistema administrativo actual, en Centroamérica, es torpe en la encomienda de descifrar los mecanismos de control exigido por el sistema económico.

Las características atribuidas a la **ingobernabilidad** no son nuevas: crisis fiscales, débil institucionalización de las organizaciones y procesos políticos, colapso de los aparatos administrativos y ausencia de legitimidad de las estructuras políticas. Semejante desierto lunar en diferentes tiempos y geografías ha conducido a insurrecciones, guerras civiles y golpes de Estado.

No hay duda; los sistemas políticos han sufrido un proceso vulgar, tales como: la expansión de la política, la mayor participación de los ciudadanos y, en algunos casos, a cierta y tímida intervención del Estado en lo referente a la región.

La crisis actual no es ajena a la conducta de gobiernos amigos de la coerción al servicio de la acumulación de capital en beneficio de un sector social a costa de otros sectores. Tales gobiernos pierden legitimidad y consenso ciudadano.

Nuestros Estados se han esforzado con desgano por crear condiciones idóneas para una rentable acumulación de capital y para mantener serena la armonía social. La lentitud con la que se cumplen tales funciones y el peso de la coerción y la mezquindad en el proceso de acumulación y de distribución de

los recursos, es motivo de vergüenza en nuestros países entre quienes se consideran revolucionarios.

Nuestras democracias son débiles y desorganizadas, asumidas por la pobre institucionalización de una autoridad política anémica como consecuencia de la **ingobernabilidad**. Las democracias endebles generan ingobernabilidad y la ingobernabilidad origina democracias limitadas y la tentación del autoritarismo.

La disminución de confianza de los ciudadanos hacia las instituciones de gobierno y la incredulidad referida a los gobernantes provocan sin demora una disminución de su capacidad para afrontar los aprietos sociales. Es un cruel círculo vicioso.

La **gubernabilidad** de una sociedad en el plano nacional depende de la medida en que es gobernada eficazmente a niveles subnacionales, regionales, locales, etc. El reducir o limitar la autonomía de tales categorías no contribuye a la eficacia de la gobernabilidad.

El uso de la fuerza (o la amenaza de recurrir a ella) ha sido el medio macabro colocadas por las autoridades de nuestros gobiernos para garantizar la supremacía de su poder. Sin embargo, **puede decirse que un gobierno será fuerte si se funda en el consenso, mientras que ningún gobierno podrá subsistir si insiste en imponerse a latigazos**. El consenso, por ahora, es un sueño idílico en Centroamérica.

Aunque la democracia –aún la formal– y el socialismo, tal como rotundamente lo afirman los cubanos, han contribuido a ampliar la base social del poder y un proceso de humanización aunque sea razonablemente difícil. Sin embargo, el ejército, la policía, los tribunales de justicia, las cárceles, etc., constituyen el fundamento último sobre el que descansa el poder de cualquier gobierno. La fuerza y el consenso son pues los dos momentos dialécticos a ser definidos. ¿Cuál se escogerá para fundamentar la gobernabilidad?

El consenso es difícil en Centroamérica. Los criterios de las conducciones políticas locales, las cuales con frecuencia influyen en amplios sectores son, en general, manipulados por el Departamento de Estado Norteamericano. Los embajadores y otros funcionarios de Estados Unidos amenazan, chantajejan o halagan a los políticos centroamericanos para obligar a asumir determinadas conductas.

En Nicaragua, un funcionario enviado por el Departamento de Estado, identificado como oficial de la CIA, reunió a los dirigentes liberales, conservadores y de otras tendencias y les exigió superar sus diferencias para unidos derrotar al único enemigo en Nicaragua –según sus palabras– de Estados Unidos, el FSLN. La resistencia de algunos políticos es derribada con amenazas tales como arrebatárles la visa o declararlos non gratos ante los ojos del imperio. En esas circunstancias no hay consenso posible. Colin Powell llegó a Nicaragua, en fecha reciente, a notificar al Ejército para que destruyan los cohetes Sam 7, almacenados desde la época de la Revolución Sandinista. A su vez notificó a los representantes de los Partidos, a los cuales les llamó Partidos ‘democráticos’, para que depusieran sus serias diferencias con el fin - -dicho al pie de la letra-- de derrotar al FSLN. Dijeron que Daniel Ortega, Secretario General del FSLN, era indeseable. ¿Qué pasaría en otro país –en

México por ejemplo-- si se ultrajara con esas malacrianzas la soberanía nacional?

Nos invitan a la resignación. Los años pasan y el descontento popular está marcado, en general, por la quietud y la desesperanza. A la larga surge un fenómeno como el de Bolivia o una respuesta como la de Venezuela o un ensayo como el de Nicaragua o una reafirmación contundente como la de Cuba.

¿Cuál será el futuro? En el caso de Nicaragua se visualiza un cambio de gobierno --a pesar del grosero y brutal lenguaje intervencionista de los personeros de Estados Unidos-- cuyo ganador será el FSLN.

No parecen tener el mismo destino los restantes países de Centroamérica, con la lejana perspectiva de El Salvador donde la izquierda ha mejorado notablemente sus posibilidades electorales.

No obstante, aunque el FSLN gane las elecciones --con independencia de los esfuerzos ya reflexionados del FSLN para neutralizar o disminuir la hostilidad de la derecha, ejerciendo un gobierno cuidadoso y moderado— de seguro, los medios de comunicación de la derecha y los partidos tradicionales y, sobre todo, el gobierno yanqui harán lo posible por romper el equilibrio de la gobernabilidad. Desde luego habrá un elevado consenso con los sectores populares, los cuales, sin duda, serán beneficiados por reformas sociales y por la prudencia gubernamental, conciente de los errores pasados del FSLN cuando estuvo en el poder.

En todo caso, ¿cuál o cuáles serán la solución o soluciones al problema de gobernabilidad? Indudablemente no hay soluciones mágicas, no hay una respuesta única a este maldito maleficio.

Estas son para Centroamérica algunas ideas:

1. Crear conciencia alrededor de la integración Centroamericana. Con ello, a mi juicio, se disminuyen los males inevitables de la globalización y el sadismo neoliberal.
2. Convertir la llamada democracia representativa y formal, en una democracia participativa y real. Para esto se requieren cambios políticos sustantivos.
3. Descentralizar el Gobierno, dando mayor participación a las regiones y municipios.
4. Convertir el presidencialismo imperial en un sistema semi parlamentario o semi presidencial, en donde el primer ministro o jefe de gobierno, igual que sus ministros, respondan de sus actos ante el Parlamento.

¿Cómo eliminar o, por lo menos, dominar el temor, la desconfianza, la resignación, la subordinación, la cobardía, la ansiedad de cierta clase política por el fogonazo, el poder, el dinero y el imperio? ¿Cómo crear una cultura política superior? ¿Cómo escalar una mayor estatura en solidaridad y honradez?

Cuando encontremos respuestas a estos anhelos, habremos iniciado el encuentro con la gobernabilidad.